

El golpe de Estado como forma de intervención política. Mauritania, orden y desorden en el verano de 2005

Dr. Pedro E. Rivas Nieto

Universidad Pontificia de Salamanca
privasni@upsa.es

Resumen

Aunque el golpe de Estado se entiende normalmente como una fórmula clásica de intervención política violenta que lleva a las naciones al caos, en realidad es una técnica propia de la contemporaneidad que, en ocasiones, dada su peculiar naturaleza, reduce el empleo de la fuerza, carece de ideología y goza incluso de respaldo entre la población civil. En este artículo se describen los elementos básicos que caracterizan a los golpes de Estado, se estudia el golpe de Mauritania de agosto de 2005 y se analizan las peculiaridades de esta forma de violencia política y su relación con los medios de comunicación.

Palabras clave

Golpe de Estado, violencia política, crisis, desorden, Estado, control político, imágenes violentas.

Abstract

Although *coup d'état* is usually thought as a way of violent political intervention which leads nations into chaos, in fact it is a contemporary way of aggressive action which usually lacks of ideology, sometimes reduces violence in order to reach its goals and, at times, people support it. In this article the fundamentals of *coup d'état* are explained, the Mauritania's *coup d'état* happened on past august of 2005 is described, and

as well the special features of this violent political way and its relationship with media are studied.

Key words

Coup d'état, political violence, crisis, disorder, state, political control, crude images.

1. Introducción

Todas las épocas han sido siempre confusas y desbaratadas. No ha habido ninguna en la que la desmesura no haya campado a sus anchas o en la que la palabra “crisis” no haya estado en boca de quienes tienen el mandato de pensar o decidir. Pero se diría que la nuestra es más oscura, más hosca, más necia y desabrida que ninguna. Hambrunas, pronunciamientos, guerras –civiles, preventivas, represivas–, atentados terroristas, plagas bíblicas y desafueros climáticos se mezclan con los logros universales de la democracia liberal, con la globalización económica y con la comunicación a escala planetaria.

A la complejidad de nuestro tiempo sólo le es pareja su fragilidad, pues se diría, mirando alrededor, que los males del mundo hacen juego y ganan en el tablero rojinegro del nuevo desorden mundial. A comienzos del siglo XXI nacen y mueren Estados en medio del pillaje y el desconcierto y, abrumados por las escenas de televisión que nos hablan de aviesas conflagraciones, apenas nos acordamos de que el golpe de Estado sigue siendo un recurso clásico de la violencia política que desordena lo establecido o –al revés– pone orden allá donde hay desorden.

Si la anarquía es peor que la tiranía porque sustituye la arbitrariedad de uno por la de todos¹ –nos recuerda Todorov (2003)–, cabe afirmar que la ausencia de cualquier Estado es peor que un Estado malo. Por eso el fenómeno del golpe de Estado es el objeto de estudio de este artículo. Tanto esa ambigua fórmula de la violencia política como el golpe de Mauritania de agosto de 2005, que tocó de cerca a quien escribe, sirven para reflexionar sobre el sentido de la fuerza para solucionar la discordia, aun cuando en su empleo no se derrame sangre, como ocurrió en ese país magrebí.

2. Naturaleza básica del golpe de Estado (I)

Según la clásica definición de Brichet (1935), el golpe de Estado es un acto de autoridad reflexivo, brusco e ilegal, contra la organización, el funcionamiento o las competencias de las autoridades constituidas, llevado a cabo según un plan previo por un hombre o un grupo de hombres reunidos en un cuerpo o un partido para tomar el poder, defenderlo, reforzar su posición o modificar la orientación política del país². Aunque el objetivo básico inicial es neutralizar los medios coercitivos del Estado, mediante el golpe alguien se infiltra en la maquinaria del poder para imponerse al país.

Si esto es cierto se puede afirmar algo que niega una idea arraigada en el caletre colectivo: al contrario de lo que suele creerse, los golpes de Estado apenas necesitan de la violencia para llevarse a cabo. Es cierto que en buena parte de los estudios sobre la violencia los golpes de Estado, junto con las rebeliones, las guerrillas, el terrorismo o la guerra civil, se incluyen en las formas de inestabilidad política que derivan en el uso de aquélla, pero un golpe es la toma del poder mediante un empleo preciso y reducidísimo de la fuerza. Salvo excepciones, no necesita de ella. De ahí que Zimmermann (1979) afirmara hace ya 25 años, en un período de la historia contemporánea propenso a la aparición de estos fenómenos, que en el 80% de los golpes dados hasta entonces apenas se había empleado la violencia³. Su naturaleza es distinta de las formas de violencia subversiva conocidas.

Además, apenas necesitan la implicación de las masas y en eso se diferencian también de la insurrección o de la guerra subversiva, porque un golpe de Estado es un acto de usurpación razonado y metódico, rápido e imprevisto, impulsado por una institución homogénea, como el ejército, el gobierno o un partido político⁴. Las masas pueden incluso molestar o ser una rémora para el éxito de la operación.

Esto es así porque el golpe no persigue, habitualmente, acabar con el régimen establecido, el sistema económico o la organización social, sino conquistar el poder o el gobierno. Al contrario que la revolución, que suele buscar cambiar el orden sociopolítico, el golpe suele intentar preservar el sistema político llevando a cabo pequeños cambios⁵. Y lo hace desde dentro del sistema. El golpe no es una labor de la oposición, sino de quien participa en el sistema político. Como afirma Hun-

tington (1996), es necesaria la participación en las instituciones para poder llevarlo a cabo⁶ –y prueba de ello es que habitualmente se apoye en miembros de las fuerzas armadas–.

El momento propicio para organizar un golpe de Estado es cuando la autoridad política se debilita. Cuando el poder político no tiene un poderoso sistema de partidos y un parlamento sólido, cuando los líderes no pueden suavizar los conflictos agudos de la vida pública, cuando las instituciones no se adaptan a las nuevas situaciones históricas, cuando no pueden asumir nuevos papeles políticos y las condiciones económicas empeoran –o no mejoran– hay más probabilidad de un golpe de Estado. Los golpes son más factibles en sistemas multipartidistas o sin partidos eficaces que en regímenes comunistas⁷ o en regímenes de partido único⁸. Por eso, en opinión de casi toda la doctrina política al uso, la más fuerte salvaguardia contra las conquistas violentas del poder es la independencia y libertad de las instituciones políticas.

De ahí que lo que defina en parte al golpe de Estado no sea su carácter violento sino su ilegalidad. Es decir, tanto en los medios empleados como en los fines se violan las normas jurídicas. No obstante, esta visión kelseniana no es suficiente para definir la naturaleza del golpe de Estado porque, a veces, las leyes de un país continúan vigentes tras él y, con frecuencia, el golpe se da para preservarlas. A veces un golpe intenta proteger el mayor número posible de instituciones del Estado y de leyes, aunque elimine algunas –como el parlamento, cuyos miembros son elegidos por los ciudadanos– o refuerce otras –como el gobierno o el ejército–.

Por eso cabe añadir otra idea: aunque habitualmente hayan dado lugar a dictaduras, los golpes de Estado no tienen una orientación doctrinal previa, no son ni de “izquierdas” ni de “derechas”; no tienen ideología porque pueden dar lugar tanto a democracias como a regímenes autoritarios⁹. De hecho, según diversos estudios, en el 60% de los golpes de Estado no hay motivaciones ideológicas¹⁰.

3. Naturaleza básica del golpe de Estado (II)

El golpe de Estado es un asalto directo y fulminante al poder que requiere la capacidad de paralizar Estados complejos y burocráticos. Es una técnica de usurpación del poder propia de sociedades que es-

tán en una fase difícil de democratización –por eso en los inestables países surgidos de la descolonización había propensión a los golpes militares–. Esto significa que el golpe de Estado, tal y como lo conocemos, es un asunto contemporáneo que necesita de una noción de Estado desarrollada. Los sistemas políticos deben evolucionar y poseer ciertas características funcionales para que el golpe de Estado sea posible¹¹. Álvaro D'Ors (1960) afirma, recordando el pensamiento de Schmitt¹², que es precisamente el Estado moderno quien vive en permanente estado de excepción¹³. Y si bien se entiende que la primera obra que habla del golpe de Estado es de 1639 –las *Consideraciones políticas sobre el golpe de Estado*, de Gabriel Naudé (1964)– y que el concepto se acuñó en el siglo XVII, esta forma de subversión del orden es contemporánea.

Dado este carácter, uno de los elementos más importantes en el golpe de Estado es su perfil “técnico”. Curzio Malaparte (1935) aseguraba que tanto la defensa del Estado como su conquista no son asuntos políticos sino técnicos¹⁴. En elocuentes palabras aseveraba que el arte de defender el Estado está regido por los mismos principios que rigen el arte de conquistarlo.

En opinión de Malaparte las democracias parlamentarias erraban al intentar proteger a los gobiernos en vez de al Estado¹⁵. La primera línea de defensa del Estado no debía de ser el parlamento –tal y como creía la apreciación romántica del siglo XIX– sino aquello que conformaba su organización básica, como las comunicaciones –telégrafos, correos...– o las centrales energéticas. Lo técnico era lo que podía otorgar el poder de forma duradera.

Malaparte no se equivocaba del todo, pues en la actualidad los golpes de Estado contemporáneos no intentan atacar al parlamento o al gobierno, sino a su base. En ella radica el punto débil de las democracias. Cuanto más madura sea la sociedad, más maduras deberán ser las técnicas que se empleen para su conquista, como el manejo de actores políticos más numerosos –sindicatos, partidos, grupos de opinión– o de medios de comunicación que ayuden a aceptar a la gente la nueva legalidad emanada del golpe.

En el mundo contemporáneo, si un golpe triunfa no se interrumpe la marcha del Estado, sobre todo si hay condiciones objetivas que puedan ampararlo (como una situación internacional propicia, la habilidad

de los conjurados, que haya un asunto político grave en el país, la simpatía de las fuerzas armadas, la indiferencia o el apoyo de la población). Téngase en cuenta que tras la inestabilidad causada en el Tercer Mundo por la descolonización, el golpe de Estado y la guerrilla fueron fórmulas habituales de conquista del poder.

De ahí que frecuentemente en el golpe, que es más rápido y necesita un menor grado de fuerza, la participación del ejército –especialmente de un cuerpo de oficiales cualificado– sea fundamental¹⁶, sobre todo en regímenes con una sociedad civil débil e instituciones endebles, o cuando el golpe se muestra a veces como una necesidad para solucionar los problemas nacionales¹⁷. Como recordaba Zimmermann, el ejército tiene ciertas características que hacen de él un elemento perfecto para los golpes de Estado, a saber: jerarquía funcional, disciplina, mando centralizado, sólido espíritu de cuerpo y comunicación interna eficaz¹⁸.

4. África y Asia. Particularidades

En el mundo descolonizado el golpe de Estado se entendía también como una forma de llevar a la modernidad a sociedades anticuadas en las que el colonialismo había impuesto modelos e instituciones ajenas a las prácticas autóctonas. El ejército era la institución más avanzada y la parte de la sociedad más organizada que podía hacer funcionar el nuevo sistema político democrático. No obstante, es absurdo pensar que la forma habitual que tenía el ejército de manifestarse en la vida pública y en la política –tanto en el mundo descolonizado como fuera de él– era el golpismo. Eran –y son– muchas las formas que tenía de hacerlo y, con frecuencia, los ciudadanos las confundían. Conviene recordar que el motín, el cuartelazo, la insurrección, el *putsch*, el pronunciamiento o el golpe no son lo mismo¹⁹.

Con frecuencia, en los jóvenes países africanos y asiáticos, nacidos tras la descolonización, la intervención de los militares era algo imprevisto debido a la endeblez de las instituciones civiles y al mal funcionamiento del sistema parlamentario²⁰. Habitualmente un régimen militar reemplazaba a uno civil cuando las fuerzas armadas eran un grupo mejor organizado, más íntegro y coherente que otros grupos dentro del sistema político y no debían enfrentarse a una poderosa oposición²¹.

Lo que propiciaba la intervención de los militares no eran los móviles corporativos –que no afectan apenas a las fuerzas armadas de reciente creación o de socialización extensas, como las africanas o las asiáticas²²–, sino la herencia histórica y cultural, el fracaso de la democracia en los Estados surgidos tras la Segunda Guerra Mundial, la escasa cohesión nacional, el papel desarrollado por las clases medias en los procesos de modernización, los vacíos de poder...

O’Kane (1981) asegura que los golpes de Estado en África tenían causas específicas, como el tribalismo, la herencia colonial, el atraso social y económico y la debilidad del poder del Estado. Y a ellas se unía una de las causas fundamentales de los golpes en cualquier lugar del mundo: la inestabilidad económica²³. Aunque sea cierto que se pueden explicar los golpes de Estado mediante variables mensurables relacionadas con las condiciones socioeconómicas, con la estructura militar o con factores externos de naturaleza diversa, también hay elementos importantes de orden psicológico o emotivo que no se pueden medir.

Huelga decir que las consecuencias de la intervención podían resultar perjudiciales. La más clara era la de establecer gobiernos débiles que mantenían el control del poder político a la desesperada. Se creaba así una situación que favorecía sucesivas intervenciones militares. Tal y como decía Huntington (1996) las intervenciones militares sólo eran –y son– una manifestación específica de la politización general de las instituciones y de las fuerzas sociales propia de sociedades subdesarrolladas²⁴.

5. El golpe de agosto de 2005 en Mauritania

El 3 de agosto de 2005 un golpe de Estado acabó con el régimen del coronel Uld Taya, que había dirigido los destinos de Mauritania desde 1984 tras un acto similar –la quinta revolución palaciega desde que el nuevo Estado echó a andar en 1960²⁵– con el que destituyó a Hedalla. No fueron los partidos políticos de la oposición sino el director general de la Seguridad Nacional, Ely Uld Mohamed Vall, mano derecha del presidente derrocado, quien lo orquestó y quien, sin derramamiento de sangre, tomó el poder en pocas horas y logró la adhesión de buena parte de la sociedad mauritana. El Comité Militar por la Justicia y la Democracia (CMJD), enrevesado nombre de la junta que preside, declaró

desde el primer momento su intención de celebrar elecciones democráticas en un plazo inferior a dos años con el compromiso, además, de que nadie del nuevo comité pudiera presentarse a ellas²⁶.

En 2003 y 2004 el país sufrió sendos y fracasados golpes de Estado capitaneados por militares de la misma tribu, formados en escuelas militares de Arabia Saudí o de Marruecos –como las de Kenitra y Meknes–, defensores del islamismo o del nacionalismo árabe baasista o naserista y críticos acérrimos de la prooccidental política exterior del país²⁷.

Estos estallidos de fuerza se dieron en un país confesional que exigía profesar el Islam a quien se presentase a la presidencia de la nación –lo recoge la constitución– y que no ha solucionado los problemas étnicos y lingüísticos que arrastra desde la independencia, pero que al mismo tiempo tenía un régimen libre, de partidos, desde que Uld Taya restableció en 1991 el multipartidismo –desde entonces ganó siempre las elecciones– y era uno de los pocos países magrebíes que se había integrado con éxito en la política occidental en la zona.

No obstante, como Ana Camacho (2005) dice, el golpe de Estado mauritano tenía “olor a petróleo”²⁸. Hace poco tiempo que se han descubierto hidrocarburos en este país y su explotación quizá pudiera mejorar la crisis constante que lo mantiene en vilo. Conviene recordar que en la zona del Sahel todos los años comienza en junio el conocido *hunger gap*, un período de escasez en el que las gentes sobreviven con dificultad mientras esperan las nuevas cosechas de octubre. El delicado equilibrio se rompe con la llegada de cualquier factor menor –una sequía, una plaga...– que pone en graves aprietos a miles de personas²⁹. Por eso la cuestión económica no es baladí en el golpe de Estado. Además, la clásica sensibilidad de este país para con el conflicto en el Sahara Occidental, las fricciones causadas por el alineamiento de Taya con los Estados Unidos y la inminente entrada de Mauritania en el grupo de países productores de petróleo proyectan muchas dudas sobre el auténtico móvil del golpe.

Además, la renovación democrática de Taya no logró superar las tensiones étnicas que enfrentan desde siempre a la población negra con la árabe-bereber³⁰, no pudo acabar con las contradicciones que supuso para una población nómada y pastoril³¹ asentarse en núcleos urbanos, ni con la acuciante pobreza de un territorio sometido casi por completo al inclemente desierto del Sahara³².

El siempre convulso Magreb perturbó también a Mauritania, el eslabón más débil de la cadena en la zona. Los sangrientos enfrentamientos mantenidos con Senegal en 1989 –reflejo del problema interétnico– aún no cerrados del todo, la ofensiva del islamismo radical en Argelia, los roces con Marruecos³³ por los problemas del Sahara Occidental³⁴ o las rebeliones tuaregs en Malí han afectado también a su situación interna.

Además, en 2002, los Estados Unidos, mediante la iniciativa *Pansahel*, querían que los ejércitos de los países del Sahel pudieran ejercer el control efectivo de sus fronteras para acabar con los salafistas de Argelia y con los traficantes que los arman. En palabras de Charles Wald, comandante adjunto de las fuerzas estadounidenses en Europa (EUCOM), el Sahel se ha convertido en el nuevo Afganistán³⁵. Es decir, se ha hecho necesario acabar con el terrorismo islamista en la región pues en ella se forman y entrenan los nuevos terroristas –de ahí que en 2005 se haya puesto en marcha el *Transabarian Counterterrorism Initiative*, que ha conseguido la participación de casi todos los países de la zona y cuenta con 500 millones de dólares para llevarse a cabo–. No en vano, en los últimos tiempos el salafismo y el wahabismo están fortaleciéndose y ocupando el espacio del sunnismo oficial.

Todo el mundo, fuera de Mauritania, condenó el golpe de Estado. La Unión Africana, por boca de su presidente de turno, Obasanjo, presidente de Nigeria, exigía la vuelta al orden constitucional quebrantado. Y los Estados Unidos, temerosos de que el cambio en el poder pudiera afectar a la nueva política de Washington de frenar el ascenso del terrorismo de Al Qaeda en la zona, exigieron la devolución del poder a Uld Taya. Quizá los dirigentes de EEUU pensaban que si el único país magrebí que mantiene relaciones diplomáticas con Israel, pese a ser una república islámica, cambiaba de gobernantes mediante la fuerza y daba un giro radical a su política, el orden establecido sufriría un grave revés.

Lo cierto es que en el “acto de fuerza” de agosto de 2005 parecen cumplirse algunos de los principios básicos de los golpes de Estado. Apenas se empleó la violencia –no hubo ni un muerto–, no se contó con el apoyo de las masas, no se quería acabar con el sistema político sino preservarlo, los organizadores eran miembros eminentes del régimen, se dio en un momento de debilidad de la autoridad política, en un sistema multipartidista con instituciones civiles débiles y no tenía una ideología definida. Contó con la participación del ejército, la endeble

economía era uno de los elementos que lo propiciaron y contó con una situación internacional que, si bien al comienzo vio el recambio de dirigentes con preocupación, luego lo aceptó si se comprometía a respetar los acuerdos del gobierno anterior.

Sin embargo, llama la atención que dentro del país el golpe de Estado se acogiera con júbilo. No sólo el ejército mantuvo una unidad sin fisuras al respaldarlo, sino que las gentes corrientes, sobre todo en Nuakchott, salieron a la calle dando muestras incontestables de alegría. Los mauritanos recorrían la capital, en coche y a pie, enarbolando pancartas de apoyo al nuevo gobierno.

De hecho, tras el golpe de Estado no se implantó el toque de queda, no hubo controles militares en las calles ni se cerraron, siquiera durante unas horas, las fronteras. Hubo gente que apenas se enteró de lo que ocurría porque la calma en el país fue total.

¿Es posible que las gentes corrientes se alegren del quebrantamiento del orden constituido? ¿No suelen querer, acaso, que la vida fluya con normalidad para que nada les perturbe? ¿Será que quizá los golpes de Estado no siempre dañan a la población civil sino que incluso puede estar de acuerdo con ellos o desear que se produzcan?

Los noticiarios de la televisión mauritana entrevistaban en los días posteriores al golpe a gentes que decían estar satisfechas con él. Y aunque el carácter propagandístico de las emisiones era indiscutible, la observación directa de lo que ocurría parecía confirmar la situación. Población civil, oposición al régimen y fuerzas armadas no mostraron excesivo descontento. Tan sólo el Partido Republicano Democrático y Social, capitaneado por Taya, rechazó el cambio. Incluso el clásico aislamiento diplomático que suele seguir a los golpes de Estado se desvaneció como por ensalmo en pocos días.

Si la población no se escandalizó fue posiblemente porque el golpe se entendió como la forma de llevar a una sociedad deteriorada y conflictiva a una situación mejor. No se vio como una situación de desorden, sino como un elemento que ordenaba la vida de la nación. Y la falta de críticas al nuevo gobierno instaurado y la apatía de algunos fue más bien producto de la tradicional desconfianza árabe hacia toda autoridad política que del temor a las represalias.

6. Los medios de comunicación y el golpe de Estado de Mauritania

En Occidente apenas se supo lo que ocurrió con este golpe de Estado. En los medios de comunicación internacionales Mauritania no ha gozado nunca de buena prensa y los dirigentes mauritanos han pagado muy caro el precio de la política informativa llevada a cabo desde 1978: torpe, selectiva, autoritaria dentro del país e ignorante del funcionamiento de la prensa internacional, que incluso afectó a los logros de los movimientos reformistas emprendidos por los gobernantes³⁶.

A Occidente apenas le interesaba lo que ocurría no sólo porque es un país desconocido y complejo, sino porque no pasó nada “televisivo” ni digno de mención para lo que se supone que son los golpes de Estado: desorden, sangre, víctimas inocentes y emociones a flor de piel entre quienes defienden la justicia y los malvados que la quebrantan. No había “gentes en peligro” ni infortunio a gran escala.

En Mauritania no se produjo una súbita alteración en la vida de una comunidad constituida ni una cruel amenaza para el orden y la armonía social. El peligro colectivo que supone un golpe de Estado –y del que creemos conocer su demoníaca naturaleza– no se manifestó –quizá porque el golpe, como ocurrió en Mauritania, no siempre es una perturbación para la vida de la comunidad–. No había una buena historia para los medios de comunicación. Y, como dice Langer (2000), una buena historia, para serlo de veras, ha de ser “excitante y, considerada narrativamente, cuanto más catastrófica sea la alteración del equilibrio, mayor será la excitación que produzca la historia”³⁷.

Por desgracia esto hace cierta la frase de Postman y Powers (1992), que viene a decir que si el brillo y el glamour no hacen su trabajo –si no *enganchan* al pasivo telespectador– la sangre y las vísceras lo harán³⁸. Ya Susan Sontag (1974) creía que el ser humano encuentra cierta belleza en el hecho de sembrar el caos, de implantar el desorden³⁹. Y esto no sólo no molesta al espectador, sino que le agrada, porque puede contemplar el sufrimiento de los otros sin impregnarse de él. Potencialmente puede liberarse de sus obligaciones morales, incluida la empatía e, incluso, disfrutar aviesamente del padecimiento de los otros⁴⁰.

Al mismo tiempo puede ocurrir lo contrario, que si el relato muestra buenas víctimas, el espectador logre una envolvente relación con quien

aparece en pantalla. Puede pasar de la indiferencia a la implicación, porque reconoce el lugar que ocupa la víctima y se pone en su lugar porque es como él, un ser humano⁴¹.

Sin embargo, el golpe de Estado en Mauritania fue breve e imprevisto, no hubo muertos ni violencia desbordada, en él apenas había periodistas, su política informativa era ingrata y el país era –y es– complejo. La destrucción del orden natural de las cosas atrae a los medios de comunicación siempre que sea posible contarla, pero en Mauritania no era fácil hacerlo. Y habida cuenta del funcionamiento habitual de los medios de comunicación en Occidente –o en el mundo entero– la narración se complicaba. Téngase en cuenta que para que una buena historia impacte el periodista debe estar en el lugar de los hechos. Ha de haber cercanía física, temporal o ambas para lograrlo, para que el periodista pueda ser un frío e impersonal relator que muestra distanciadamente lo ocurrido, o un reportero que ve con sus propios ojos los hechos y traslada el quebranto del orden a nuestra propia casa. Esto nos permite estar gratamente comprometidos a distancia.

Aunque no hubiera elementos de carácter sensacionalista, sí los había suficientemente importantes como para preguntarse por el sentido de lo que ocurría en un país del Magreb que aún está “buscando el Estado”⁴², que es fundamental en la nueva lucha contra el terrorismo global y que, en el caso de España, es clave para entender el problema del Sahara Occidental, que nos concierne. Aunque sea cierto que las imágenes de televisión son más eficaces presentando consecuencias que interpretando intenciones, en el nuevo espacio político que es el mundo –así lo dice la globalización– la televisión puede crear una conciencia internacional que vigile los derechos de quienes no se pueden proteger a sí mismos.

Dice Ignatieff que si los medios de comunicación, y especialmente la televisión, adoran el poder y son capaces de tratarlo como un fenómeno sagrado, se les puede exigir que muestren el mismo respeto por el sufrimiento. “Si puede cambiar su programación y transformar su discurso por el éxito de una boda o de un entierro, podemos pedirle que haga lo mismo por el hambre o el genocidio”⁴³. E incluso se le puede reclamar respeto por las cuestiones de *menor* calado que, sin desordenar por completo la vida de los hombres, la alteran y necesitan que se estudien sus causas y sus efectos: como un golpe de Estado rápido e incruento en una desconocida nación norteafricana.

Bibliografía

- ANDRÉS, J. (2000): *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- BALTA, P. (1994): *El Gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Madrid, Siglo XXI.
- BRICHET, O. (1935): *Étude du coup d'État en fait et en droit*, Paris, Domat-Montchrestien et F. Loviton.
- CAMACHO, A. (2005): "Mauritania: golpe de Estado con olor a petróleo", *Mundo Negro*, n.º 499, septiembre de 2005.
- D'ORS, Á. (1960): "Cicerón, sobre el estado de excepción", en D'ORS, Á. (1979): *Ensayos de teoría política*, Pamplona, EUNSA, pp. 153-177.
- GONZÁLEZ, E. (2003): *Los golpes de Estado*, Madrid, Arco Libros.
- HARVEY, A. D. (1994): "The Prehistory of the Coup d'Etat", *Terrorism and Political violence*, London, vol. VI, n.º 2, summer, pp. 235-244.
- HUNTINGTON, S. (ed.), (1962): *Changing Patterns of Military Politics*, New York, The Free Press of Glencoe.
- HUNTINGTON, S. (1996): *El orden político de las sociedades en cambio*, Paidós, Barcelona.
- IGNATIEFF, M. (1999): *El honor del guerrero*, Madrid, Taurus.
- JANOWITZ, M. (1968), "Armed Forces and Society: A World Perspective", en VAN DOORN, J. (ed.), *Armed Forces and Society: Sociological Essays*, La Haya, Mouton, pp. 15-38.
- LANGER, J. (2000): *La televisión sensacionalista*, Paidós, Barcelona.
- MALAPARTE, C. (1935): *Técnica del golpe de Estado. Bonaparte, Lenin, Trotsky, Mussolini, Hitler, Kapp, Pilsudski, Primo de Rivera*, Madrid, Ediciones Ulises.
- NAUDÉ, G. (1964): *Consideraciones políticas del golpe de Estado*, Caracas, Instituto de Estudios Políticos, Facultad de Derecho, Universidad Central de Venezuela.
- NIEVAS, J. (2005): "Mauritania: crisis e islamismo", *Colaboraciones* n.º 529, 13 septiembre 2005, en <http://www.gees.org/articulo/1673>.
- O'KANE, R. (1981): "A Probabilistic Approach to the Causes of Coups d'Etat", *British Journal of Political Science* (Cambridge), vol. XI, julio, pp. 287-308.
- PÉREZ, M. R. (2005): "Mauritania en la nueva encrucijada magrebi", *Colaboraciones* n.º 421, 8 junio 2005, en <http://www.gees.org/articulo/1448>.

- PERLMUTTER, A. (1982): *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, Madrid, Ediciones Ejército.
- POSTMAN, N., y POWERS, S. (1992): *How to Watch TV News*, New York, Penguin Books.
- SONTAG, S. (1974): “The Imagination of Disaster”, p. 425 en MAST, G. y COHEN, M. (comp.), *Film Theory and Criticism. Introductory Readings*, New York, Oxford University Press.
- THOMPSON, W. (1973): “The Grievances of Military Coup-Makers”, Sage *Professional Paper in Comparative Politics Series* n.º 01-047, Beverly Hills (CA)-Londres.
- TODOROV, T. (2003): *El nuevo desorden mundial*, Barcelona, Península.
- ZIMMERMANN, E. (1979): “Toward a Causal Model of Military Coups d’Etat”, *Armed Forces and Society*, Beverly Hills, CA, vol. V, n.º 3, spring, pp. 387-413.
- ZIMMERMANN, E. (1983): “Military Coups d’Etat in Cross-National Perspective”, en ZIMMERMANN, E. *Political Violence, Crisis and Revolutions. Theories and Research*, Cambridge (Massachusetts), Schenkman Publishing Co, pp. 237-291.

Notas

- 1 TODOROV, T. (2003): *El nuevo desorden mundial*, Barcelona, Península, p. 55.
- 2 BRICHET, O. (1935): *Étude du coup d’État en fait et en droit*, Paris, Domat-Montchrestien et F. Loviton, p. 7. Este libro es fruto de una tesis doctoral presentada en La Sorbona que inauguró los estudios académicos sobre el golpe de Estado.
- 3 ZIMMERMANN, E. (1979): “Toward a Causal Model of Military Coups d’Etat”, *Armed Forces and Society*, Beverly Hills, CA, vol. V, n.º 3, spring, pp. 387-413.
- 4 GONZÁLEZ, E. (2003): *Los golpes de Estado*, Madrid, Arco Libros, p. 12.
- 5 Sin embargo, hay excepciones. El “golpe de Praga” de 1948 o el golpe de Estado de 1973 en Chile son ejemplos claros. En esas acciones violentas no sólo se derrumbó el régimen sino que se transformó incluso el sistema político.

- 6 HUNTINGTON, S. (ed.), (1962): *Changing Patterns of Military Politics*, New York, The Free Press of Glencoe, p. 32. Es un estudio ya clásico de los golpes de Estado.
- 7 En donde la relación entre el ejército y el partido es muy estrecha y los soldados están adoctrinados ideológicamente.
- 8 Cfr. HUNTINGTON, S. (1996): *El orden político de las sociedades en cambio*, Paidós, Barcelona. La primera edición es de 1968, el año de la Primavera de Praga y de la revolución de mayo en París. Huntington decía que el multipartidismo y la participación política de las masas podían desestabilizar a algunos países y eso favorecía la participación del ejército en la política.
- 9 ANDRÉS, J. (2000): *El voto de las armas. Golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*, Madrid, Los Libros de la Catarata, p. 17.
- 10 Thompson estudió casi trescientos golpes de Estado. Ver THOMPSON, W. (1973): "The Grievances of Military Coup-Makers", *Sage Professional Paper in Comparative Politics Series* n.º 01-047, Beverly Hills (CA)-Londres, pp. 42-43.
- 11 HARVEY, A. D. (1994): "The Prehistory of the Coup d'Etat", p. 235, *Terrorism and Political violence*, London, vol. VI, n.º 2, summer, pp. 235-244.
- 12 A quien define como el último defensor del *ius publicum europaeum*.
- 13 D'ORS, Á. (1960): "Cicerón, sobre el estado de excepción", p. 156, en D'ORS, Á. (1979): *Ensayos de teoría política*, Pamplona, EUNSA, pp. 153-177.
- 14 Malaparte decía esto en una obra escrita en 1931, ya clásica, que para muchos se convirtió, al juzgarla equivocadamente, en el manual del golpista. El título era *Técnica del golpe de Estado. Bonaparte, Lenin, Trotsky, Mussolini, Hitler, Kapp, Pilsudski, Primo de Rivera*. Está publicada por Ediciones Ulises en Madrid.
- 15 MALAPARTE, Curzio, op. cit., p. 9.
- 16 Aunque el golpe de Estado no necesite ser preparado exclusivamente por militares ni se ejecute por razones castrenses.
- 17 Mostrada ya así en el pensamiento clásico de Maurras de principios del siglo XX al afirmar que había que crear un estado de ánimo favorable a la causa monárquica mediante la propaganda ideológica.

- 18 ZIMMERMANN, E (1983): “Military Coups d’Etat in Cross-National Perspective”, p. 246, en ZIMMERMANN, E. *Political Violence, Crisis and Revolutions. Theories and Research*, Cambridge (Massachussets), Schenkman Publishing Co, pp. 237-291.
- 19 El motín es la desobediencia limitada de militares de rango inferior –suboficiales y tropa–; el “cuartelazo” es una revuelta de la oficialidad intermedia que tiene lugar en una instalación militar y que busca satisfacer exigencias de tipo corporativo; el pronunciamiento es la rebeldía de los altos mandos que “levantan la voz por la patria” para presionar al gobierno y enderezar el rumbo del país; el alzamiento es un levantamiento militar masivo que cuenta con el apoyo de la población; la insurrección es una ruptura pública de la legalidad que, como el alzamiento, tiene ánimo revolucionario; y el *putsch* es una sublevación violenta llevada a cabo por grupos contrarrevolucionarios contra el gobierno en la que también participan civiles –es una modalidad del golpismo–. Ver GONZÁLEZ, E., op. cit., pp. 20-40. Para un estudio detallado de estas cuestiones es conveniente consultar la obra del general Miguel Alonso Baquer titulada *El modelo español de pronunciamiento*, publicada en 1983 por Rialp en Madrid.
- 20 JANOWITZ, M. (1968), “Armed Forces and Society: A World Perspective”, p. 28, en VAN DOORN, J. (ed.), *Armed Forces and Society: Sociological Essays*, La Haya, Mouton, pp, 15-38.
- 21 PERLMUTTER, A. (1982): *Lo militar y lo político en el mundo moderno*, Madrid, Ediciones Ejército, p. 137.
- 22 GONZÁLEZ, E., op. cit., p. 58.
- 23 O’KANE, R. (1981): “A Probabilistic Approach to the Causes of Coups d’Etat”, pp. 293-294, *British Journal of Political Science* (Cambridge), vol. XI, julio, pp. 287-308.
- 24 HUNTINGTON, S. (1996): *El orden político en las sociedades en cambio*, op. cit., pp. 50-57.
- 25 BALTA, P. (1994): *El Gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Madrid, Siglo XXI, p. 121.
- 26 NIEVAS, J. (2005): “Mauritania: crisis e islamismo”, *Colaboraciones* n.º 529, 13 septiembre 2005, p. 6, en <http://www.gees.org/articulo/1673>.
- 27 PÉREZ, M. R. (2005): “Mauritania en la nueva encrucijada magrebí”, *Colaboraciones* n.º 421, 8 junio 2005, p. 5, en <http://www.gees.org/articulo/1448>.

- 28 CAMACHO, A. (2005): “Mauritania: golpe de Estado con olor a petróleo”, *Mundo Negro*, n.º 499, septiembre de 2005.
- 29 FURIÓ, C. y PADILLA, M. (2005), “La desnutrición golpea de nuevo en el Sahel”, *MSF*, octubre, p. 5.
- 30 La sociedad mauritana es muy compleja aunque se divida, básicamente, en sólo dos etnias: los blancos de etnia árabe-bereber –los *bidas*– y los negroafricanos, todos ellos divididos a su vez en castas y tribus. El resentimiento y el enfrentamiento entre ellos es manifiesto; téngase en cuenta que hasta julio de 1980 se mantuvo oficialmente la esclavitud. No obstante, cabe recordar que dentro de las comunidades negras, estructuradas en castas tan rígidas como las comunidades moras, también se practicaba la esclavitud y la discriminación entre negros era aún más acentuada que entre arabobereberes y negros.
- 31 Los mauritanos, denominación que suena artificial para hablar de las poblaciones seculares que habitan en las tierras que hoy comprenden el Estado mauritano, vivieron durante casi cinco siglos en lo que Ibn Jaldún llamaba “al umrane al badawi”, esto es, “la civilización beduina”, fase tribal que satisface las necesidades básicas del hombre, que aparecen en el Corán, y son alimentarse, guarecerse y reproducirse. Ver BALTA, P., op. cit., p. 123.
- 32 Los “hijos de las nubes” han vivido siempre errantes por el bello y agreste desierto mauritano, de color anaranjado. Cada año, el Sahara avanza varios kilómetros ocupando las escasas zonas cultivables del país y además son frecuentes las plagas de langostas que destrazan las cosechas.
- 33 Es sintomático que la frontera entre Marruecos y Mauritania sea aún un trozo de “tierra de nadie” por el que los automóviles apenas pueden transitar. No sólo el terreno es difícil, sino que los bordes de la pista por la que deben atravesar los coches están minados para evitar que nadie se salga de la ruta. El problema es que no se sabe bien cuál es la pista, lo que hace aún más peligroso el tránsito.
- 34 Mauritania, tras apoyar a Marruecos en su guerra contra el Frente Polisario, acabó firmando la paz con éste y reconoció a la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). De hecho, muchos saharauis que escaparon del Sahara Occidental para no estar sometidos a la administración marroquí del territorio, se refugiaron en Mauritania y no son pocos los que tienen pasaporte de esta república islámica.

- 35 *L'Humanité*, 6 de junio de 2005.
- 36 *Ibíd.*, op. cit., p. 145.
- 37 LANGER, J. (2000): *La televisión sensacionalista*, Paidós, Barcelona, p. 153.
- 38 POSTMAN, N., y POWERS, S. (1992): *How to Watch TV News*, New York, Penguin Books, p. 38.
- 39 SONTAG, S. (1974): "The Imagination of Disaster", p. 425, en MAST, G. y COHEN, M. (comp.), *Film Theory and Criticism. Introductory Readings*, New York, Oxford University Press.
- 40 LANGER, J, op. cit., p. 215.
- 41 *Ibíd.*, pp. 114-116.
- 42 Son palabras textuales de Paul Balta. En BALTA, P., op. cit., p. 119.
- 43 IGNATIEFF, M. (1999): *El honor del guerrero*, Madrid, Taurus, p. 35.